

PRESENTE INDICATIVO

Pedro Soler Valero

Cuando éstas letras vean la luz, posiblemente ya me encuentre en Sorbas. Ello ha sido una circunstancia normal a lo largo de mi vida, aunque ésta vez es distinto. Decidí que mi última andadura transcurra en el lugar que me vio nacer y allí, que sean cuales fueren las circunstancias y avatares que me depare el destino, mis ojos lo despidan con la misma luz que tuvieron al abrirse a éste mundo. No ha sido una decisión fácil, muchas veces me asaltaron las dudas y la complejidad mental y psicológica que ello conllevaría. Pero los últimos acontecimientos que me ha otorgado la fortuna han sido determinantes para hacerla definitiva e indispensable; pienso que así, mis días transcurrirán con más tranquilidad y sosiego. Igualmente, que mi infortunio no es peor que el de otros, que anduvieron en la tristeza y la melancolía, viendo como el tiempo consumía sus plazos, sin la posibilidad de volver a los rincones de la infancia.

Un noche, en la silenciosa madrugada de la plaza, Joaquín de Haro me hizo un comentario tan firme y rotundo que nunca olvidé y ha visitado mis pensamientos con frecuencia; vino a decirme qué, de morir lejos del pueblo, sería anónimo entre los anónimos, que nadie me dedicaría un pensamiento o un recuerdo, porque nadie sabría quién había sido ni qué circunstancias me sucedieron en el devenir de mi tiempo. Convengo que es excesiva y vanidosa la pretensión de que a uno lo recuerden y con ello, creerse merecedor de un recuerdo que sólo pertenece y concede aquel que nos lo dedica. Sea así, o de cualquier otra manera, nadie nos puede privar de cierta vanidad en nuestras pretensiones más íntimas, mientras profetizamos sobre un destino que nadie, en el desmesurado Universo y fuera de él sabe cual será.

Un amigo me dijo en cierta ocasión que nunca me había ido de Sorbas, a pesar de que me encontrase a cientos de kilómetros, y mis metas personales y profesionales, tuviesen la misma equivalencia que mi distancia física. Muchas veces reflexioné sobre ello, y es posible que no estuviera desafortunado en su afirmación. Siempre llevé al pueblo dentro de mí, siempre vino conmigo cierta nostalgia de aquellas calles, en cualquier lugar que me encontrase, por lejano, extraño, o desconocido que fuera. Reflexioné profundamente sobre ésta cuestión, en los inicios de mi andadura fuera Sorbas, y parecióme entonces, que era poco práctica e irracional; si mi vida había de transcurrir en otros lugares, cuyas costumbres me eran ajenas y extrañas, más me valdría que me adaptase a ellas y me alejara de cierto espíritu de gueto que todas las comunidades practicaban, con el vano y soñador intento, de trasladar la comunidad de la que partieron al lugar donde vivían. Semejante decisión me condujo a íntimos reproches que nunca entendí, y que no me hicieron desistir de mi razonada decisión. Después, cuando me adentré en el laberinto de la literatura, con mejor o peor resultado absorbí todo lo que pude de mis lecturas, especialmente de aquellas que tratando de dilucidar los entresijos de nuestras manías y querencias, se adentraban en el mundo del pensamiento. En ello andaba, cuando vine a dar con una deducción, en la que coincidieron muchos de los que con autoridad cavilaron sobre ello. Por distintos caminos y reflexiones, todos derivan a la misma conclusión: *“una persona es su infancia”*. Alguno

llegó más lejos y añadió; *también configura la dependencia de sus orígenes, el lugar donde reposan sus progenitores, antepasados, y personas a las que amó*. No sé si me sumé a ello por conveniencia, porque era lo más fácil o tal vez, porque nada más lógico había leído antes. Todo coincidía conmigo; los que fueron origen de mi sangre reposan en Sorbas y los que no, lo están a escasa distancia. La persona que mejor y más me amó y a la que yo amé con toda mi capacidad para ello, por su expreso y repetido deseo también reposa allí. No tengo pues más remedio, que sumarme y aseverar aquellas deducciones que hice antes, mis circunstancias me identifican con ellas y mi voluntad también.

Y aquí estoy, dispuesto a sobrellevar mis días con la máxima dignidad posible. Enclaustrado aún, en la tristeza de no tener a quien fue mi única y mejor compañera y amiga, durante los más felices años de mi vida. Quedo en deuda permanente con ella el resto de mi tiempo. No sólo por el amor que me profesó; también por haberse identificado y sentido una sorbeña más, y por su firme y sentida decisión, de que sus restos reposasen en el lugar donde había sido más feliz, según me repitió más de una vez, para que no eludiese su deseo.

Pocas cosas me quedan por decir en mi vuelta definitiva a Sorbas. No soy amigo de obviedades y, lo que podría añadir es fácilmente deducible por cualquiera. He rehuido también con insistencia mostrar mis versos públicamente, pero dado lo excepcional de la ocasión, y esperando la condescendencia de quien los lea, expongo uno de los que he escrito una vez establecido en Sorbas.

**De nuevo estoy aquí
y ante mis ojos;
los pardos montes
y los naranjos,
serán la Aurora de mis días,
el ocaso de muchas esperanzas
y el túnel de los sueños.
El corazón me devuelve la infancia
como si nada hubiese cambiado.
La lejana Luna me visita,
y parece que me estaba esperando;
una vieja y olvidada cita,
en ésta noche queda clausurada.
De nuevo estoy aquí,
como un desierto intransitable
lleno de sombra, cubierto de un olvido
que no altera el día ni la noche.
Aquí estaré, hasta que en la mirada
anide la niebla de mi tiempo
y haga difusos los caminos.
Sabré entonces mi destino,
y repetiré las palabras que un día me dijeron:
“gracias por los días de dicha que me diste”**

Pedro Soler / Sorbas. junio 2007

PD. Felicito a la revista el AFA, por la incorporación de Maria Angeles. Es una poeta sólida y de peso, y su prosa nos sorprenderá en numerosas ocasiones. Deseemos que persista en sus colaboraciones y, que todos disfrutemos de su calidad literaria.